

# Rojo y Blanco

Año III

MONTEVIDEO, ENERO 1.º DE 1902

Número 54



*Rojo y Blanco,*

*al saludar á ustedes en el primer  
día del nuevo año, formula votos  
porque él sea propicio en dones  
para la patria, llamada á un por-  
venir de grandeza por el concurso  
de sus buenos hijos.*

*La Redacción*

*1.º de Enero de 1902.*

*J. Olivella*

# La hija del patrón

(Fragmento)

SERAFÍN Fernández era un hombre feliz como un bruto. Su padre le había dejado en herencia cinco suertes de campo, — trece mil quinientas cuadras, — pobladas con tres mil ovejas y nueve mil cabezas de ganado mayor. La majada era ordinaria, los vacunos eran criollos. Cuando le hablaban de *refinar*, don Serafín meneaba la cabeza, sonreía iónicamente y chupaba el «pucho» sin decir nada. Y cuando lo apuraban mucho, se contentaba con decir: — «Ya veremos.»

¡Y él veía, en efecto! Una fiebre de refinamiento, de cultura científica, había trastornado la ganadería nacional en pocos años. En primer término, se empezó por dar preferencia al ganado

lanar, que, al decir de los innovadores, rendía triple producto que el vacuno. En seguida vinieron los grandes reproductores: carneros de doscientos pesos, toros de quinientos, padrillos de mil. Y con éstos, los galpones, los bretes, los abrigos, los potreros, los grandes cultivos de maíz y alfalfa: todo un capital empleado de golpe á la espera de un resultado portentoso.

Al rústico estanciero, — hijo y nieto de estancieros, — le pareció extraño que para criar vacas y ovejas fuese necesario leer libros, diarios y revistas; que gentes que no sabían montar á caballo pretendiesen enseñarle á él como se domaba un potro, y, sobre todo, que los *doctores* creyesen saber mejor que él, cómo se administraba un establecimiento de campo. Su padre le había contado lo que habían hecho los *doctores* con la patria que los gauchos arrancaron á punta de lanza, á los españoles primero, y á los portugueses después; él había visto lo que los *doctores* habían hecho del sacrificio del paisanaje por sus partidos políticos, y la enseñanza había sido demasiado dura para tomarlos ahora como directores de sus negocios. En todo caso, que otros ensayasen: él no tenía por qué hacerlo; con

buen ó mal año, sus haciendas le producían mucho más de lo que sus gastos exigían. ¿Para qué más?

Poco tiempo después, vió que los innovadores tenían que recurrir al crédito en los Bancos, y el éxito no venía; más tarde las epizootias comenzaron á diezmar los vacunos mestizos y á concluir los inmensos rebaños merinos. Don Serafín, sin alegrarse del mal ajeno, se frotó las manos y siguió haciendo oro con sus novillos criollos que no exigían potreros especiales, que resistían las grandes lluvias y las grandes sequías y que engordaban aun en los campos pelados por la langosta ó arados por la isoca.

A los cuarenta y seis años, don Serafín era un hombre sano y fuerte como potro cerril, alto, delgado, de cabellera rubia, larga y ondeada, y barba rubia y larga; los ojos azules, la nariz co-

rrecta, la boca bondadosa, indicaban su carácter. De niño había estado en Montevideo, educándose en el viejo Colegio de San Francisco, y después de regresar á la Estancia hizo varios

viajes á la capital; pero cada vez más espaciados, hasta que se olvidó de ella, encastillándose en su dominio. I su educación quirida no logró matar

tendencia heredada, el intenso amor á las soledades del campo. Tres generaciones habían dejado en su alma un expreso y duro sedimento. El instinto de independencia, salvaje en el charrúa, heroico en el tupamaro, feroz en el oribista y el riverista, persistía en el descendiente moderno de los luchadores de antaño. Era una especie de aristocracia formada por selección. La necesidad de ser bravo, y osado, y duro, había convertido el peligro y las fatigas en verdadero placer. Sus precursores domaban los potros bravíos, enlazaban al toro montaraz, sufrían las intemperies, arriesgaban la vida á cada instante en lucha con



la naturaleza y con los hombres, para poder subsistir; los herederos continuaban la tradición por placer y por deber: por deber, para no abdicar la supremacía de la raza. Ellos aceptaban la ciencia del extranjero, su industria, su superioridad en muchas cosas. Es cierto que no les interesaba mucho, ni hacían mayor caso de los ferro-carri-les, del telégrafo, de las diversas máquinas in-troducidas en el país; pero las aceptaban bondadosamente, como aceptaban al gallego pulpero. Tenían para los extraños la amplia hospitalidad española, estaban dispuestos á compartir con ellos el techo y la cena; pero á condi-ción de que siempre habían de ser huéspedes; á condi-ción de que nadie intentara quitar al *oriental* la soberanía en la patria,—una soberanía que ellos entendían re-presentada, no tan sólo en los hijos de la tierra, sino en las ideas y principios de la raza.— Ningún extranjero debía superar á un *orien-tal* en las lidias del campo; y el patrón, el se-ñor, debía dar el ejemplo á sus paisanos, ser el más fuerte, el más diestro, el más sufrido.

Don Serafín olvidó pronto lo aprendido en la ciudad. Las nociones científicas no le servían

para nada, si no era para convencerle de la inu-tilidad de esa educación que consiste en aprender á deletrear\* todas las ciencias sin saber leer nin-guna. Además, encontraba ridículas las obliga-ciones sociales, sacrificar su bienestar, contrariar sus hábitos é inclinaciones para complacer á los demás. Vestir de una manera que nos incomoda, comer lo que no nos agrada, conversar como no

nos es grato y concurrir á di-versions que nos fastidian, nada de eso es *oriental*. Don Serafín se dijo un día:

— «Á mí me gusta andar en mangas de camisa, con chi-ripá y alpargatas, cuando ha-ce calor; á mí me gusta más un mate amargo que un te, un asado con cuero más que una mayonesa de *homard*, un buen caballo más que un muelle cupé, una guitarra más que un violín; prefiero una

paisanita fresca y trigueña, á una damisela pin-tarrajeada...» Y se quedó en su Estancia, to-mando mate, comiendo churrascos, corriendo en los rodeos y cuidando sus parejeros. Olvidó sus amistades de la ciudad, no recibía ningún diario, y fué un *Fernández*.

Javier de Vlana.

